

ahora son otros los motivos. Ayer fué el ímpetu de morir en el campo de batalla; ahora es la determinación de rescatar la tierra usurpada:

“Encima de las lanzas,
sobre los pedernales,
crece un himno de voces,
de miradas, de gestos:
son coagulados soles,
penachos, estandartes,
donde los corazones
encendidos
una tierra rescatan,
victoriosos.”

Ayer fué la azarosa respuesta a una amenaza; ahora es la destrucción de la amenaza:

“Ya las morenas manos
izan un estandarte
donde entreabiertas alas de
un águila de fuego
ampanan a tu pueblo.”
Ayer fué la furia; ahora es
la alegría de vivir:
“¡Ayer danzó la Muerte!
¡Ahora, la Primavera
danza sobre el Valle!”

Ayer el quinto sol de los mexica se hundió bajo una nube de escombros; ahora ese mismo sol hace fructificar el sudor de los mexicanos:

“Aquí estos pechos rudos
reconocen la fuente
purísima y antigua de tu
sangre, Cuauhtémoc.”

Y por último, en la primavera de ayer, el águila plegaba las alas empezando su fatídico desplome; en la de ahora las ha abierto, y el héroe mexica se ha convertido en el héroe mexicano:

“El águila no cae.
Hoy majestuosa asciende.
¡Cuauhtémoc, estás vivo!”

Cerrado así el “Nahui Ollin” de la “Danza”, la Poesía, como la Historia, se detiene expectante en el umbral de lo porvenir.

A. B. N.

AUGUSTO LUNEL: *Los Puentes*.
Los Presentes, México, 1955,
pp. 80.

Acaba de aparecer en edición de Los Presentes, el libro *Los puentes* del poeta peruano Augusto Lunel. Lo que se advierte, inmediatamente, en este libro, es la poderosa influencia ejercida por Octavio Paz: el Octavio Paz de *Semillas para un himno*. La brillantez verbal, el método metafórico, la predilección por las mismas palabras, son notorios: las burbujas estallando, los rayos de luz, la luz molida, las astillas de números, los vidrios rumorosos, los peces vivos, las estrellas que-

PRETEXTOS

Por Andrés HENESTROSA

TIENE oído de tísico, dice la gente de nuestro pueblo cuando quiere ponderar la capacidad auditiva de alguno. Tener oído de tísico, según una creencia casera y familiar, es oír el ruido más leve, es oír el rumor más lejano, es oír, en suma, lo que la concha de una oreja normal no puede captar. ¿Pero, es cierto que la tuberculosis aguza así el órgano de la audición? Afila, sí, la nariz; afina, es cierto, el espíritu: melancólicos, sentimentales, muy dados a la ensoñación, suelen ser los tuberculosos; lúcidos hasta unos instantes antes de su muerte, también. Pero esa enfermedad ¿hace más cóncava, más receptiva la oreja?

Los médicos no creo que lo afirmen. Los médicos tienden siempre a negar la ciencia casera, si esto se puede decir, lo que me parece muy bien, aunque sé que una gran parte de esa ciencia doméstica algo tiene de verdad, pues no se forma de la noche a la mañana, sino tras muchos años de observaciones. Los dichos, los refranes populares que resumen algunas de estas sabidurías —“dotorerías”, como diría el Martín Fierro— vienen a ser así sus libros de texto, los manuales en que se consignan sus descubrimientos.

Todo esto me viene a la mente, cuando leo, advierto y descubro, la inteligencia, la agudeza, la lucidez casi enfermiza con que José Joaquín Fernández de Lizardi oyó el latido de nuestra patria, tal a una enferma a la que tomara el pulso. Casi no hay problema actual que El Pensador no haya vislumbrado, sobre el cual no haya apuntado una reflexión y un consejo; más aún: problemas que ahora, tras mil tropiezos y caídas, vamos descubriendo, él con dolida frente, con trémula mano, pensó y dió contornos. Su oreja tuberculosa oía la corriente subterránea de nuestra vida colectiva, que en eso consiste ser periodista, poeta o vate, y sobre esto, lo que Fernández de Lizardi dijo, tiene todas las trazas de un vaticinio. Su mano agonizante, agitó cuantos temas agitan ahora nuestras manos: el del alfabeto y la educación, que le era casi un leit motiv; el tema del indio, con él, un criollo, se sentía hermanado; el de las tierras; el de la superstición que combatió sin dejar las creencias de sus mayores: como educador, mejor que como político; el de las vocaciones individuales y colectivas, postulando que más vale ser pobre, pero con oficio, que noble, pero inútil; combatió los cacicazgos y la injusticia medular de nuestras instituciones, las de entonces y las de ahora, en más de un aspecto.

En El Pensador Mexicano, sí se cumple cabalmente la creencia mexicana de que el tísico oye mejor, ve más hondo, recoge como una antena las voces perdidas en el aire, responde a preguntas que nadie ha formulado todavía. “Ya por la mala configuración de mi pulmón y pecho, ya por lo mucho que he trabajado con la cabeza y con la pluma, o por todo junto, lo cierto es que me hallo atacado por una cruel enfermedad, que me maltrata mucho y pronto dará conmigo en el sepulcro. A consecuencia de mi terrible mal, me he puesto demasiado flaco y descolorido, la máquina desfallecida vacila sobre mis piernas débiles y todo yo soy un tomo andando de la más completa osteología.” Así dijo, untado en su cama, el día que dictó su testamento, apenas a un mes de haber publicado la última entrega del Correo Semanario de México, que suspende en mayo de 1827, por escasez de suscriptores y por la grave enfermedad que lo aquejaba. Tal vez en esa cama, mientras dicta el testamento, le pintan un retrato que es un fiel trasunto de su imagen en la última hora, aquella en que “sentenciado a morir como todo hijo de su madre”, siente que se le ha llegado el temible plazo. Y retrato que José C. Valadés, compró en una ciudad del interior pensando, que tuvo por modelo a El Pensador Mexicano.

bradas, la luz que se descascara —nuevamente—, los espejos, los oídos rotos abiertos a la luz, los glóbulos inflados que estallan, las hechicerías de cristal, etcétera, proliferan a lo largo y ancho de los versos de Lunel.

Se trata —aquí en Lunel— de una poesía solar y, por extraña paradoja, fría, que no quiere decir nada, no pretende enseñar nada, inmersa como está en el puro juego, en la sola recreación verbal. Mucha luz, muchas burbujas, muchas

astillas que estallan; todo ello heladamente, sin comunicar calor humano al lector. A ratos, a pesar de su radiante arquitectura, de su baile de imágenes, se nos antoja fuegos de artificio, complacidas y complacientes bengalas para entretener a algunas “minorías”. Sin embargo, su mantenido chisporroteo llega a fatigar, a nublar la vista con su premeditado y permanente disparo de imágenes que se ejercitan en gastarse a sí mismas en acrobacias que desembocan en un solo mar: la “retórica”.

Algunas veces, muy pocas, el calor humano del poeta logra romper el cerco de las astillas de sol, de los estallantes glóbulos inflados y nos entrega a ciertos poéticos de indudable calidad: el poeta Lunel logra evadirse de la procurada “hechicería de cristal” y canta su amor con desnuda voz.

Por ejemplo, nos gusta la segunda parte del poema intitulado: *El habitante del sol*, aquella que tiene aciertos como éstos: “Viajo por tu garganta, —por desnudos planetas que habito con los labios. — Mis manos sueñan, — atravesian jardines donde las flores son aves”.

Otras veces, se descubre la sombra de Charles Baudelaire, como cuando hallamos este verso: “Ser otro y él mismo”, de indudable estirpe baudelaireana.

En el libro de Lunel hallamos tres sonetos, un poco duros, sin música. En el primero de ellos (El mudo) el inicial endecasílabo está atiborrado de aés: justamente nueve: “La palabra en la sangre, derramada”. En el segundo de los sonetos se abusa de los gerundios: muriendo, creciendo, ardiendo y dirigiendo.

Este primer libro de Augusto Lunel está presentado en una sobria y bien trabajada edición de Los Presentes. Su título nos parece sugerente: *Los puentes*. La carátula es interesante: gris perla con el nombre de la obra en verde. La viñeta de Leonora Carrington (ella ilustra el poemario) alada y muy bella.

Los Puentes es un primer libro de poemas que ya barrunta de lo que será capaz Lunel cuando llegue a poseionarse enteramente de su voz. Por hoy, insistimos, está muy marcada en él la influencia arrolladora de Octavio Paz. Si le hemos hecho algunos reparos a su obra, ello es con los mejores propósitos de que su fino espíritu lírico —del que da abundantes muestras en *Los puentes*— llegue en el futuro a cuajar en formas más personales.

R. L.